IV

Al salir del claustro por las mañanas, poco después de amanecer, la primera persona que veía Gabriel era don Antolín el *Vara de plata*. Este sacerdote ejercía autoridad á modo de gobernador de la catedral, pues á sus órdenes estaban los servidores laicos, y bajo su inspección se hacían todos los trabajos de escasa importancia.

Abajo, en el templo, vigilaba á sacristanes y acólitos, cuidando de que los canónigos y los beneficiados no pudieran quejarse de descuidos en el servicio. Arriba, en el claustro, velaba por el buen orden y las sanas costumbres de las familias, siendo por la gracia del cardenal-arzobispo una especie de alcalde de aquel pequeño pueblo.

Ocupaba la mejor habitación de las Claverías. En las grandes fiestas marchaba al frente del cabildo con capa pluvial y un bastón de plata tan alto como él, que hacía retemblar las losas con sus golpes, y durante la misa mayor y el coro de la tarde, rondaba por las naves para evitar las irreverencias de los devotos y las distracciones de los empleados. A las ocho de la noche en invierno y á las nueve en verano, cerraba la escalera del claustro alto, guardábase la llave en el bolsillo y toda la

población quedaba aislada de la ciudad. Si de tarde en tarde se sentía alguien enfermo durante la noche, era preciso despertar á don Antolín, y hundiendo éste la mano en las profundidades de la sotana, se dignaba restablecer con su llave la comunicación con el mundo.

Tenía cerca de sesenta años: era pequeño y enjuto. La edad, apenas si había encanecido un poco sus cabellos cortados al rape. La frente la tenía espaciosa y cuadrada, sin la más leve curva, como una chapa de hueso con dos aristas á los lados, que se marcaban bajo el gorro de seda que usaba en invierno. Las facciones estiradas, sin una arruga, sin un estremecimiento que delatase emoción; la mandíbula estrecha y aguda como hierro de lanza, y los ojos, tan inexpresivos é inmóviles como el rostro, pero con una fijeza fría que desconcertaba.

Gabriel le había conocido en su niñez. Era, según su expresión, un soldado raso de la Iglesia, que en fuerza de años y servicios había llegado á sargento para no pasar de ahí. Cuando Luna entró en el Seminario, don Antolín acababa de ordenarse de sacerdote, después de pasar su vida en la sacristía de la Primada, donde había comenzado de monaguillo. Por su fe absoluta é irracional, por su adhesión inquebrantable á la Iglesia, le habían sacado adelante en la carrera los señores del Seminario á pesar de su ignorancia. Era un hijo del terruño; había nacido en una aldea de los montes de Toledo. La Iglesia Primada era para él la segunda casa de Dios, después de San Pedro de Roma, y las ciencias eclesiásticas un haz de rayos de la divina sabiduría, que le cegaban, adorándolos con el respeto profundo del ignorante.

Tenía la santa y firme incultura tan apreciada por la Iglesia en otros siglos. Gabriel estaba seguro de que á nacer el *Vara de plata* en la buena época del catolicismo, hubiese llegado á santo al dedicarse á la vida espiritual, ó habría desempeñado un excelente papel en la Inquisición al intervenir en la religiosidad militante. Venido al mundo en la mala época, cuando flaquea la Fe y la Iglesia no puede imponerse por la violencia, el buen don Antolín había quedado obscurecido en la baja administración de la catedral, ayudando al canónigo Obrero en la partición y señalamiento de las pesetas que el Estado daba á la Primada, dedicando una larga meditación á cada puñado de céntimos, y esforzándose por que la santa casa, como las familias arruinadas, conservase su buen exterior sin revelar la miseria.

Le habían prometido varias veces una capellanía de monjas, pero él era de los fieles á la catedral, de los enamorados de la gran solitaria. Le enorgullecía la confianza que el señor arzobispo tenía puesta en él, la amistosa franqueza con que le hablaban canónigos y beneficiados y sus conciliábulos administrativos con el Obrero y el Tesorero. Por esto no podía evitar cierto gesto de superioridad desdeñosa, cuando revestido de la capa pluvial, y empuñando la vara de plata, se acercaban á hablarle los curas de los pueblos de paso por la Primada.

Sus vicios eran puramente eclesiásticos. Ahorraba en secreto, con esa avaricia fría y dominadora de la gente de Iglesia en todos los tiempos. Su bonete mugriento era siempre de algún canónigo que lo desechaba por viejo: su sotana, de un negro verdoso, y sus zapatos, habían sido antes de algún beneficiado. En las Claverías se hablaba en voz baja del dinero guardado por don Antolín, de sus ahorros que dedicaba á la usura; préstamos que

nunca iban más allá de dos ó tres duros á los pobres servidores del templo, agobiados por la miseria, y que recobraba con creces cuando á principios de mes pagaba el canónigo Obrero. En él, la avaricia y la usura iban unidas á la más absoluta probidad para los intereses de la Iglesia. Perseguía encarnizadamente la menor sisa en la sacristía, y entregaba sus cuentas al cabildo con una minuciosidad que fastidiaba al Obrero. A cada cual lo suyo. La Iglesia era pobre, y resultaba un pecado digno del infierno privarla de un solo ochavo. El, como buen servidor de Dios, era pobre también, y no creía faltarle sacando cierto producto al dinero que había podido reunir, en fuerza de contraerse, con dolorosas privaciones, dentro de su miseria.

Vivía con él su sobrina Mariquita, una fea, de facciones hombrunas y frescas carnes, venida de las montañas para cuidar al tío, de cuya riqueza y poder en la Primada se hacían lenguas en la aldea parientes y amigos. En las Claverías llevaba á maltraer á todas las mujeres, abusando de la autoridad absoluta de don Antolín. Las más tímidas formaban en torno de ella á modo de aduladora corte, para atraerse su protección limpiándola la casa ó haciendo la cocina, mientras Mariquita, vestida de hábito y cuidadosamente peinada, único lujo que le permitía su tío, salía al claustro con la esperanza de que subiese algún cadete ó se fijasen en ella los forasteros que iban á la torre ó á la sala de los gigantones. Ponía los ojos tiernos á todos los hombres: ella, tan áspera é imperiosa con las mujeres, sonreía á cuantos solteros vivían en las Claverías. El *Tato* era gran amigo suyo: le buscada cuando su tío estaba ausente, riendo sus gracias de aprendiz de toréro. Gabriel, con su aspecto enfermizo, su misterioso ensimismamiento y la historia confusa

de sus grandes viajes por el mundo, no le inspiraba menos interés. Hasta hablaba con marcada deferencia al viejo *Vara de palo*, por ser hombre y estar viudo. Como decía el perrero, los pantalones volvían loca á la pobre en aquella casa donde la mayor parte de los hombres llevaban faldas.

Don Antolín había conocido á Gabriel siendo niño y le tuteaba. En el cura ignorante subsistía aún el recuerdo de los grandes triunfos alcanzados por Luna en el Seminario, y al verle pobre y enfermo, refugiado en la catedral casi de limosna, su tuteo de superioridad no estaba exento de cierta admiración. Gabriel, por su parte, temía al *Vara de plata*, conociendo su fanatismo intolerante. Por esto se limitaba á escucharle, cuidando de que en sus conversaciones no se deslizara una palabra que revelase su pasado. Sería el primero en pedir su expulsión de la catedral, y él deseaba vivir en ella desconocido y en silencio.

Al encontrarse por las mañanas en el claustro los dos hombres, se abordaban con la misma pregunta:

—¿Cómo va esa salud?

Gabriel se mostraba optimista. Sabía que su dolencia no tenía remedio. Pero aquella vida sosegada y sin emociones, y el cuidado continuo de su hermano alimentándolo casi á la fuerza, á todas horas, como á un pájaro, había puesto un puntal á su salud ruinosa. El curso de la enfermedad era más lento: la muerte tropezaba con obstáculos.

—Estoy mejor, don Antolín. Y ayer, ¿qué tal fué el día?

El *Vara de plata* hundía sus manos sucias y huesosas en las profundidades de la sotana, sacando tres gruesos talonarios, uno rojo, otro verde y el tercero blanco. Pasaba las hojas consultando los

folios de las que llevaba arrancadas. Acariciaba respetuosamente las libretas, como si fuesen más importantes para el culto que los grandes libros del coro.

—¡Día flojo, Gabriel! Estamos en invierno y ahora viaja poca gente. La gran temporada es en primavera, cuando, según dicen, entran los ingleses por Gibraltar. Van á la feria de Sevilla y vienen después á echar una vista á nuestra catedral. Además, la gente de Madrid sale con el buen tiempo, y aunque á regañadientes, afloja la mosca por ver los gigantones y la Campana Gorda. Da gusto entonces despachar papeletas. Ha habido día, Gabriel, que he recogido ochenta duros. Me acuerdo; fué en el último Corpus. Mariquita tuvo que recoserme los bolsillos de la sotana, que se rompían con el peso de tantas pesetas. Fué una bendición del Señor.

Y miraba tristemente los talonarios, como lamentando que pasasen los días del invierno sin cortar más que alguna que otra hoja. Esta tarea de expender papeletas de entrada para ver las riquezas y curiosidades de la catedral, llenaba su pensamiento. Era la salvación de la iglesia, el procedimiento moderno para llevarla adelante, y él se sentía orgulloso de desempeñar esta función, que le convertía en el órgano más importante de la vida del templo.

—¿Ves estas papeletas verdes?—dijo á Gabriel—. Pues son las más caras: dos pesetas cuesta cada una. Con ellas puede verse lo más importante: el Tesoro, la capilla de la Virgen, el Ochavo con sus reliquias, únicas en el mundo. Las de las otras catedrales son porquerías si se comparan con las nuestras: mentiras, inventadas muchas de ellas por la envidia que inspira nuestra Iglesia Primada. ¿Ves estas otras que son rojas? Pues sólo cuestan seis

reales, y con ellas pueden visitarse las sacristías, el guardarropa, las capillas de don Alvaro de Luna y del cardenal Albornoz y la Sala Capitular con sus dos filas de retratos de arzobispos, que son una maravilla. ¿Quién no se rasca el bolsillo por ver tales portentos?

Después añadió, designando el último talonario, con cierto desprecio:

—Estas blancas, sólo valen dos reales. Son para ver los gigantones y las campanas. Se venden muchas entre la gente menuda que viene á la catedral en días de fiesta. ¿Querrás creer que aun hay judíos que protestan y dicen que esto es un robo? El otro día, tres soldados de la Academia, que vinieron con unos *parditos* á ver los gigantones, armaron un escándalo porque no les dejaban entrar por un perro gordo. ¡Cómo si pidiésemos limosna!... Se van muchos echando pestes contra la iglesia, lo mismo que si fuesen herejes, y en la escalera pintan con carbón cosas abominables ó escriben palabras obscenas. ¡Qué tiempos! ¿Eh, Gabriel?

Luna sonreía silencioso, y animado el *Vara de plata* por este mutismo, que le parecía de conformidad, añadió con cierto orgullo:

—Esto de las papeletas lo inventé yo... Es decir, realmente no fuí yo el inventor, pero á mí se debe su establecimiento en esta casa. Tú has corrido mucho y habrás visto en esos países de *extranjis* que todo puede visitarse... pero pagando. El señor cardenal anterior á este, que en santa gloria esté (y se llevó la mano al bonete), también había corrido muchas tierras; un *moderno*, que á vivir más tiempo hubiese acabado por poner luz eléctrica en las naves de la catedral. Yo le oí en cierta ocasión hablar de lo que se hacía en los museos y demás

edificios notables allá en Roma y en otras ciudades: la entrada libre á todas horas, pero pagando. Una gran comodidad para el público, que no necesita de recomendaciones para ver las cosas. Y un día que el Obrero y yo nos roíamos las uñas, viendo que esas mil y pico de pesetas puercas (¡Dios me perdone!) que nos da el desdichado Estado no bastaban para finalizar el mes, propuse mi idea. ¿Querrás creer que hubo en el cabildo señores que se opusieron? Ciertos canónigos jóvenes hablaron de los mercaderes del templo; tú ya sabes quiénes eran; unos judíos á los que corrió el Señor con la cuerda en la mano, por no sé qué perrerías; otros más viejos alegaron que la catedral había tenido abiertas sus maravillas á todos durante siglos, y así había de seguir. Tendrían razón todos los señores, pues no se llega á canónigo sin talento, pero intervino el cardenal difunto, que de Dios goce (otro golpe de bonete), y el cabildo hubo de aceptar á regañadientes la reforma y acabará por aplaudirla. ¡A cualquiera le amarga un dulce! ¿Sabes cuánto dinero le entregué al señor cardenal el año pasado? Más de tres mil duros; casi tanto como nos da el Estado pecador. Y esto sin perjuicio para nadie. El público paga, mira y se marcha. De todos modos, son aves de paso, que sólo vienen una vez: el que se va, ya no vuelve. ¡Y qué son cuatro míseras pesetas, cuando por ellas se ve uno de los templos más gloriosos de lo cristiandad, la cuna del catolicismo español, la catedral de Toledo! ¡Como quien dice nada!...

Paseaban los dos hombres por el claustro, siguiendo el lado que á aquella hora matinal caldeaba el sol. El clérigo se había guardado los talonarios. Sus ojos se fijaban en Gabriel, que creía del caso sonreir de un modo enigmático que don

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "LA CATEDRAL" REYES

Antolín tomaba por una afirmación. Esto le animó á continuar en sus confidencias.

—¡Ay, Gabriel! No creas que cumplo sin trabajo mis pesados deberes. El cardenal confía en mi, el cabildo me distingue con su afecto, el Obrero no tiene otra esperanza que mi auxilio. Gracias á las papeletas puede ir tirando la catedral y conservar su antiguo aspecto de grandeza, para que venga el público á admirarla. Somos más pobres que las ratas. Y gracias que nos quedan para remediarnos algunas migajas de nuestro pasado. Si el viento ó el granizo rompe una vidriera de las naves, podemos echar mano de los vidrios sobrantes que nos dejaron los señores Obreros de otros siglos. ¡Ay, Señor, Dios mío! ¡Y pensar que hubo una época en que el cabildo mantenía á sus expensas, dentro del templo, talleres de pintores de vidrio, de plomeros y qué sé yo cuántos más, pudiendo hacer grandes obras sin buscar auxilio fuera de casa! Si se rompe una casulla, aun nos quedan para componerla tiras bordadas con santos y flores, que son una maravilla. ¿Pero y cuándo todo esto se acabe? ¿Cuando se rompa el último vidrio de repuesto y se agoten los retales de la Obrería? Habrá que poner vidrios blancos y baratos en los ventanales para que no entren el viento y la lluvia; la catedral parecerá una casa de huéspedes (que el Señor me perdone la comparación) y los sacerdotes de la Primada alabarán á Dios vestidos como el capellán de una ermita.

Y don Antolín reía sarcásticamente, como si este porvenir por él evocado fuese un absurdo contrario á las leyes eternas.

—Y no creas—continuó—que aquí se despilfarra ni se deja de hacer dinero de todo lo utilizable. El jardín, que tantos años fué de tu familia, lo dió

en arrendamiento el cabildo, desde la muerte de tu hermano. Veinte duros al año paga tu tía Tomasa para que lo explote su hijo, y eso porque, como sabes, la vieja es gran amiga de Su Eminencia, pues le conoce desde niño. Yo ando como un azacán por el templo y los claustros, vigilándolo todo para que no se hagan trampas, pues aquí hay gente joven y ligera que no es de fiar. Tan pronto estoy en el Ochavo viendo si tu sobrino el *Tato* ha pedido la papeleta á los forastsros (pues es muy capaz de dejarlos entrar gratis para que le den propina) como subo al claustro para vigilar á ese zapaterín que enseña los gigantones. A mí no me la pegan. Nadie se escapa sin pagar; pero ¡ay! hace tiempo que no celebro; tú me ves á mediodía cuando se cierra la catedral leyendo mis Horas apresuradamente por el claustro, pendiente del reloj para bajar así que abren de nuevo el templo y vienen los forasteros á ver el tesoro. Esto no es vida de católico, y si Dios no me tomase en cuenta que lo hago todo por la gloria de su casa, creo que hasta perdería mi alma.

Pasearon largo rato en silencio los dos hombres. Pero don Antolín no podía callar fácilmente cuando se trataba de la vida económica de la Primada.

—¡Y pensar, Gabriel—continuó—, que siendo lo que hemos sido en otros tiempos, nos vemos así!... Tú, y la mayoría de los que aquí viven, no tenéis idea de lo rica que ha sido esta casa. Tanto como un rey, y en algunos tiempos más. De muchacho, sabías tú como nadie la historia de nuestros gloriosos arzobispos, pero de la fortuna que amasaron para Dios, ni una palabra. A vosotros, los sabios, no os da por estas *materialidades*. ¿Conoces las donaciones que reyes y grandes señores hicieron en vida á nuestra catedral y las herencias que le dedicaron en la hora de la muerte? ¡Que has de conocer! Yo lo sé todo; me he enterado en la Obrería, en el Archivo, en la Biblioteca. Cada uno á lo que le interesa, y yo, que con el señor Obrero he rabiado más de una vez ante los apuros de la casa, me consuelo pensando en lo que tuvo cuando aun no habíamos nacido. Hemos sido muy ricos, Gabriel, pero muy ricos. El arzobispo de Toledo podía colocarse en la mitra una corona ó dos, y no digo tres, porque pienso en el Sumo Pontífice... Primero, la escritura de dotación á la catedral, hecha por el rey Alfonso VI, á raíz de haber conquistado Toledo. La hicieron en una ermita, después de elegido el obispo don Bernardo, y yo la he visto con mis pecadores ojos en el Archivo; un pergamino con letras góticas, que figura á la cabeza de los *Privilegios de esta Santa Iglesia*. El buen rey da á la catedral nueve villas, y si quisiera te podría citar los nombres, varios molinos y un sinnúmero de viñas, casas y tiendas en la ciudad, y termina diciendo, con su largueza de caballero cristiano: «Esto, pues, de tal manera lo doy, y concedo á esta Santa Iglesia y á ti, Bernardo, Arzobispo por libre y perfecta donación, que por homicidio, ni por otra alguna calumnia, en ningún tiempo se pierdan. Amén.» Después, don Alfonso VII nos da ocho pueblos al otro lado del Guadalquivir, varios hornos, dos castillos, las salinas de Belinchón y el diezmo de toda la moneda que se labrase en Toledo, para el vestuario de los prebendados. El VIII del mismo nombre, suelta sobre la catedral otra lluvia de donaciones, ciudades, aldeas y molinos: Illescas es nuestra, y una gran parte de Esquivias, así como la apoteca de Talavera. Después viene el batallador prelado don Rodrigo, que conquista á

los moros mucha tierra, y la catedral posee un principado, el Adelantamiento de Cazorla, con poblaciones como Baza, Niebla y Alcaraz... Y dejando á los reyes, ¡no hay poco que decir de los grandes señores, nobles como príncipes, que mostraron su generosidad con la Iglesia Primada!... Don Lope de Haro, señor de Vizcaya, no contento con costear la construcción del templo, desde la puerta de los Escribanos hasta el coro, nos regala la villa de Alcubilete con sus molinos y pesquerías, y deja dotación para que en el coro, al rezarse las completas, arda esa vela que llaman la *Preciosa*, y que se coloca en el águila de bronce del gran atril. Don Alfonso Tello de Meneses nos da cuatro castillos en las riberas del Guadiana, y como él, otros grandes señores nos conceden diezmos, derechos de peaje, y ¡qué sé yo cuántas riquezas más!... Hemos sido poderosos, Gabriel. El territorio de esta diócesis era más grande que un principado. La catedral tenía propiedades en la tierra, en el aire y en el mar. Nuestros dominios se extendían por toda la nación, de punta á punta, y no había provincia donde no poseyésemos algo. Todo contribuía á la gloria del Señor y á la decencia y bienestar de sus ministros; todo pagaba á la catedral: el pan, al cocerse en el horno; el pez, al caer en la red; el trigo, al pasar por la muela; la moneda, al saltar del troquel; el viandante, al seguir su camino. Los rústicos, que entonces no pagaban contribuciones é impuestos, servían á su rey, y salvaban la propia alma dándonos la mejor gavilla de cada diez, con lo cual los graneros de la Iglesia Primada eran insuficientes para contener tanta abundancia. ¡Qué tiempos aquellos! Había fe, Gabriel, y la fe es lo principal en la vida. Sin fe no hay virtud, ni decencia... ni nada.

Se detuvo un momento, jadeante por su discurso, echando el aliento á la cara de Luna. El clérigo estaba tan impregnado del ambiente de la catedral, que en su cuerpo parecían resumirse todos los olores del templo. Su sotana tenía el perfume mohoso de la piedra vieja y las rejas herrumbrosas: por su boca parecían respirar los canalones y las gárgolas la rancia humedad de los desvanes.

Con la rápida evocación de las riquezas pasadas, enardecíase don Antolín hasta indignarse.

—Y habiendo sido tan ricos, Gabriel, hoy nos vemos en la miseria, y yo, hijo mío, un sacerdote del Señor, tengo que ir de un lado á otro con estas papeletas para que vivamos todos, como si fuese un revendedor de entradas de toros, como si la casa de Dios fuera un teatro, teniendo que aguantar á extranjeros herejes que entran sin santiguarse mirándolo todo con gemelos. ¡Y yo debo sonreirles porque pagan y nos proporcionan los postres para el triste cocido! ¡Ca... rape! ¡Jesús me valga! Iba á decir una barbaridad.

Y don Antolín siguió lanzando indignadas lamentaciones, hasta que al pasar frente á la puerta de su casa asomó Mariquita el abultado y feo rostro.

—Tío: basta de paseo. Se enfría el chocolate.

Aun después de desaparecer el sacerdote dentro de su casa, siguió la sobrina sonriendo amablemente á Luna.

—¿Usted gusta, don Gabriel?

Con sus ojos audaces de loba hambrienta invitaba á Luna á entrar. Le gustaba el porte aseñorado, como ella decía, de aquel hombre, la soltura que le daba su antiguo trato con el mundo. Además, sobre su imaginación de mujer ejercía cierto encanto el misterioso pasado de Gabriel, su altivez

silenciosa, la vaga fama de sus aventuras y aquella sonrisa un tanto compasiva y desdeñosa con que escuchaba á las gentes del claustro alto.

Se retiró la insinuante Mariquita y siguió Gabriel sus paseos por el claustro, después de apurar el jarrito de leche que todas las mañanas le subía su hermano.

A las ocho salía don Luis, el maestro de capilla, siempre con el manteo terciado teatralmente y el sombrero de teja echado atrás, como una aureola sobre su enorme cabeza. Tarareaba con aire distraído, agitado perpetuamente por su nerviosa movilidad. Preguntaba con alarma si habían tocado ya á coro, asustado por las amenazas de multa á causa de su retraso. Gabriel sentíase atraído por este artista eclesiástico que vegetaba despreciado en las últimas capas de la Iglesia, pensando más en la música que en el dogma.

Por las tardes subía Gabriel al camaranchón que habitaba el maestro de capilla en el piso superior de la casa de los Lunas. La habitación contenía toda la fortuna del artista: una cama de hierro que era aún la del Seminario, un armónium, dos bustos de yeso de Beethoven y Mozart y un montón enorme de paquetes de música, de partituras encuadernadas, de hojas sueltas de papel pautado, pero tan grande, tan revuelto y confuso, que con frecuencia se desplomaba, invadiendo con blanco aleteo hasta los últimos rincones.

—En esto se le van los cuartos—decía el *Vara de palo* con acento de bondadosa reconvención—. Nunca tendrá un céntimo. Apenas coge la paga, ¡á pedir más papelotes á Madrid! Más le valdría, don Luis, comprarse un sombrero nuevo, aunque fuese modestito, para que los señores del coro no se burlasen de la cobertera que lleva en la cabeza.

En las tardes de invierno, después del coro, el músico y Gabriel se refugiaban en aquella habitación. Los canónigos, huyendo del viento frío ó de la lluvia, daban su diario paseo por las galerías del claustro alto, con el afán de no privarse de este ejercicio á que estaba acostumbrada su metódica existencia. El agua del cielo golpeaba los vidrios de la ventana del camaranchón. A la claridad triste y gris de la tarde hojeaba el maestro los cuadernos ó hacía correr sus manos sobre el armónium, hablando con Gabriel, que se sentaba en la cama.

Enardecíase el músico hablando de sus adoraciones artísticas. En mitad de una peroración entusiasta callaba inclinándose ante el armónium, y las melodías del instrumento llenaban el cuarto, descendiendo por la escalera hasta llegar á los paseantes del claustro como un eco lejano. De repente cesaba de tocar en el pasaje más interesante y reanudaba su charla, como temiendo que en su continua distracción se le evaporasen las ideas.

El silencioso Luna era el único auditorio que había encontrado en la catedral, el primero que le escuchaba largas horas sin burlarse ni tenerlo por loco; antes bien, mostraba con sus breves interrupciones y preguntas el gusto con que le oía. El final de la conversación todas las tardes era el mismo: la grandeza de Beethoven, ídolo del sacerdote artista.

—Le he amado toda mi vida—decía el maestro de capilla—. A mí me educó un fraile jerónimo, un exclaustrado viejo que después de abandonar el convento, corrió algo de mundo como profesor de violoncello. Los jerónimos fueron los grandes músicos de la Iglesia. Usted no sabrá esto: yo tampoco lo sabría, si poco después de nacer no me hubiese tomado bajo su protección aquel santo hombre, que